

Yo me volví de pronto. Dos bomberos, terminado el examen, atravesaban la habitación para salir.

Mi padre me enseñó el más pequeño, el que llevaba galones, y me dijo: Eetrécha la mano del cabo Robino.

El cabo se paró y me dio la mano sonriendo; yo se la estreché, me saludó, y salió.

—Recuerda esto bien, dijo mi padre, porque de mil manos que estreches en tu vida, quizá no haya diez que valgan más que la suya.

EDMUNDO DE AMICIS

(Traducido por H. Giner de los Ríos).

MONOGRAFÍAS HISTORIALES

II

LA CONQUISTA DE LOS PIJAOS

INTRODUCCIÓN

Entre las innumerables tribus que poblaban el territorio colombiano en el siglo XVI, la mayor parte de las cuales fueron destruidas con el contacto de la civilización europea, introducida allí por los españoles, una de las más numerosas, fieras y valerosas era la de los PIJAOS, de la cual, sin embargo, no podemos juzgar con toda verdad por haberse ésta destruido en parte y emigrado los pocos individuos que quedaban de ella en los primeros años del siglo XVII.

LOS PIJAOS tenían su asiento en la Cordillera Central; se extendían desde la cordillera, á espaldas del Distrito de Santa Ana, en la Provincia de Honda, hasta el Páramo de Las Papas, al Sur, y se derramaban por Oriente y Occidente, hacia las hoyas del Magdalena y del Cauca.

La gran familia de los PIJAOS se dividía en gran número de tribus que llevaban los nombres de los Caciques que las comandaban y las tierras en que vivían.

Todas aquellas tribus eran antropófagas, tenían tan arraigado aquel vicio y amaban tanto la carne humana, que hacían la guerra á las vecinas tribus nada más que para tomar prisioneros, los cuales llevaban á sus pueblos, en donde los iban matando uno á uno para devorarlos. Después de los combates las mujeres, que seguían á sus maridos á todas partes, recogían del campo los cuerpos muertos, los cortaban en cuartos, los asaban ó cocinaban y ofrecían como exquisito manjar á sus maridos, junto con gran cantidad de chicha. Para celebrar sus banquetes, después de la victoria, éstos no encontraban alimento más refrigerante y de su gusto.

Todos aquellos antropófagos hacían gala de los cráneos de los hombres que habían matado en batallas ó en combates singulares, los cuales servían de vasijas para tomar la chicha en las espantosas borracheras que tenían lugar después de haber vencido á sus enemigos ó cuando celebraban alguna fiesta en honor de sus ídolos.

Los cronistas refieren á porfía las espantosas crueldades que aquellos bárbaros cometían, no solamente con todo español que caía en sus manos, sino con los vecinos del valle ó monte ó llano en que vivían gentes de su misma raza. Si éstos no estaban sometidos al Cacique que les gobernaba, inmediatamente se les consideraba enemigos.

“Hemos referido brevemente estas escenas (dice el Sr. Ernesto Restrepo) (1) para mostrar al lector cuán feroces y sanguinarios fueron los hombres que antes de la conquista se disputaban la posesión de los hermosos y pintorescos sitios con que la divina mano del Creador dotó el privilegiado suelo colombiano. No nos hemos detenido á describir á ninguna de ellas; nuestra pluma se resistiría á hacerlo. Ya estos infelices recibieron su castigo con el exterminio. El cristianismo ha borrado hasta las huellas de tanta sangre derramada, y la cruz del Redentor, símbolo de

(1) Estudios sobre los aborígenes de Colombia, página 123.

caridad y de amor, ha reemplazado esos ídolos grotescos, verdadera encarnación de Satanás, siempre respirando odio, ávidos siempre de carne humana. El exterminio estaba ya decretado á esas razas desnaturalizadas. No se crea que fueron unos millares de soldados españoles los que en pocos años barrieron con pueblos tan numerosos. Verdugos que hubieran sido, no habrían alcanzado á llenar tarea tan enorme. Algo ayudaron las pestes, el hambre, los rudos trabajos y aun las balas de los arcabuces, pero la causa principal fue la antropofagia.....”

Las armas de los PIJAOS eran iguales á las que acostumbraban los indígenas todos, es decir, arcos, flechas y macanas; pero entre todas, las que preferían eran ciertas lanzas que medían veinticinco palmos de largo, con punta de madera sumamente fuerte y afilada. Como comían la carne de sus enemigos, tenían buen cuidado de no usar veneno en sus armas, temerosos de dañar el alimento favorito: la carne humana.

Enterraban á sus compañeros en el monte y en hondísimos hoyos, para evitar que sus enemigos los desenterrasen para devorarlos, como solía suceder; y esa carne corrompida á veces producía epidemias y pestes que diezaban las poblaciones indígenas.

Los PIJAOS—tanto hombres como mujeres—no usaban más vestido que pintura roja, amarilla y negra, y el hiruto cabello derramado por la espalda. Coronábanse con hojas de palma y vistosos plumajes. Pendían de la nariz y orejas trozos de oro bruto ó labrado, piedrecillas de color, de las que encontraban en los lechos de los ríos, y caracolillos finos y variados.

Los PIJAOS vivían en caseríos, en torno de los cuales cultivaban sementeras de maíz para fabricar su bebida favorita, la que fermentaban y endulzaban con el jugo de la caña de la misma planta.

Eran estos aborígenes un grado más civilizados que aquellos que no edificaban casas, ni labraban sementeras y

vivían como los brutos, sin más abrigo que la sombra de los árboles de sus bosques, ni más alimentos que frutas silvestres y el producto de su cacería.

Los PIJAOS tenían casuchas de vara en tierra; no se casaban con sus hermanas, pero si sus padres salían á otra parte y tenían familia, podían tomar á sus hermanas en calidad de esposas, sólo por no haber nacido en el mismo lugar que ellos.

Sus costumbres eran poco más ó menos iguales á las de los demás aborígenes de la América del Sur. Los cronistas que de los PIJAOS se ocuparon, poco apuntan acerca de sus costumbres y nada dicen de la lengua que hablaban.

Anotaremos, sin embargo, algo de lo que hemos podido descubrir acerca de ellos.

Como la mayor parte de los aborígenes americanos, los PIJAOS achataban la cabeza de los niños recién nacidos, con ligaduras especiales, para darles la forma que ellos consideraban conveniente.

“Tenían sus Mohanes, dice el Padre Simón (1), hechiceros y adivinos, para el servicio de los ídolos, los que hacían de madera, de la estatura de un hombre, ó de barro, y algunos pequeñuelos.” En los riscos que llaman los Organos (2), en cierta concavidad se hallaba un ídolo grande de piedra, que llaman *Lulumoy*, que quiere decir *Dios grande*, con tres cabezas y seis brazos. En *Otaima* y *Cocataima* tenían un dios muy feo, que llamaban *Eliani*. El Mohan de *Otaima* vivía en un rancho frente á un ídolo que parecía un indio pijao, á cuyos pies ofrendaban los indios sus armas antes de ir á la guerra; entretanto los Mohanes hacían (en ayunas) ofrecimientos á los dioses, quemando ciertas maderas y resinas, y auguraban el resultado que tendrían

(1) Noticia 7.ª, Cap. I.

(2) Así se llaman ciertos cerros en el Distrito de Aipe, porque tienen la figura de un órgano con sus tubos. Hay cerca una piedra con jeroglíficos indígenas.

los combates por el humo que despedían las maderas y resinas que quemaban. Si predecían victorias para los PIJAOS, y efectivamente resultaban victoriosos, los guerreros les llevaban los despojos de los enemigos para que los Mohanes los repartiesen á su antojo.

Pero si perdían las batallas, los Mohanes tenían que pagar á los parientes de los muertos una cantidad de mantas y armas, sin duda, según la categoría del difunto guerrero.

A más de los Mohanes, los PIJAOS tenían mujeres adivinas, como las pitonisas de los griegos. La más afamada entre ellas se llamaba *Isolima*. Habiendo caído en manos de los soldados españoles en una ocasión, decían éstos que se había escapado de una manera misteriosa.

Las casas de estos indígenas eran de tapias de barro y madera, grandes, de altos techos y blanqueadas con greda muy blanca. Sus sementeras se alineaban en contorno con orden singular.

Llevaban colgados del cuello unos calabacillos llenos de pelos de león, para que los hiciese valientes; de pelos de mono, para que les fuera fácil trepar como ese animal, y de plumas de águila y de gavilán, para que los hiciese ligeros.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(Continúa)

CHANTECLER

(PIEZA EN CUATRO ACTOS, DE EDMUNDO ROSTAND—CHARPENTIER Y FASQUELLE, EDITORES)

Quando se representó á *Cyrano de Bergerac* por primera vez en el teatro de la Puerta San Martín en París, M. Edmundo Rostand era poco conocido del público parisiense y mucho menos del europeo y del americano. Había publicado ya, es cierto, un tomo de poesías líricas con el nombre de